

La cultura de lo local: Vitoria y el «vitorianismo»

Antonio Rivera

Universidad del País Vasco

Resumen: En Vitoria, la cultura de lo local surgió a partir del último cuarto del siglo XIX, coincidiendo con la construcción de su ensanche burgués. El 'vitorianismo' expresó diferentes realidades a lo largo del tiempo: nostalgia por el tiempo y la ciudad desaparecidas, identidad local, mecanismo de distinción y de pertenencia a la comunidad local, urbanidad frente a ruralismo, anticarlismo, victimismo frente a sus capitales hermanas... Al comenzar el siglo XX tomó la forma de 'vitorianismo' político y sirvió de discurso a la elección de Eduardo Dato como diputado por el distrito. Después, como 'alavesismo', fue un intento de la derecha para frenar al nacionalismo vasco, durante la Segunda República y, años más tarde, a finales del siglo.

Palabras clave: cultura local, localismo, poder local, País Vasco, Vitoria.

Abstract: In Vitoria, local culture started in the last quarter of the 19th century at the same time as the enlargement of the city. «Vitorianism» has expressed different realities throughout time: nostalgia for the time and the city which had already disappeared, local identity, a mechanism of distinction and belonging to the local community, urban as opposed to rural, anticarlism, victimism against other capitals in the autonomous region. At the beginning of the 20th century it became a political «Vitorianism» and served as the discourse for Eduardo Dato's election as deputy of the district. Afterwards, as «alaveism», it was used by the right wing as an attempt to stop Basque nationalism during the Second Republic and also at the end of the century some years later.

Key words: local culture, localism, local power, Basque Country, Vitoria.

Es una afirmación aceptada que el localismo dominó la vida social y política española hasta bien entrado el siglo XX¹. Frente a las preocupaciones más recientes que han suscitado tanto la conformación del Estado-nación español, sus capacidades y sus limitaciones, como la formulación alternativa de los nacionalismos llamados «periféricos», se ha prestado escasa atención a lo que realmente dominaba la vida de las gentes hasta tanto ese Estado y sus diferentes instrumentos y maquinarias complementarias (administración, comunicaciones, mercado...) lograron unificar y homogeneizar hasta lo posible el universo mental de la mayoría de sus ciudadanos. La vida más común y más importante se llevaba a cabo en el marco local. Las instituciones más percibidas y necesarias eran las locales. El escenario de intervención y lucha social fue durante muchos decenios de la contemporaneidad básicamente el local². La legitimidad en las actuaciones vino dada hasta muy tarde –y sigue así hoy– por su contribución al bien común... que se interpretaba territorialmente primero como local. Y como resultado de todo ello, operando unas veces como argamasa comunitaria, otras como identificador colectivo y otras como reacción o respuesta a la novedad y al cambio, se conformó un localismo que servía primero de cultura común (aunque a mayor beneficio de algunos) y luego de ideología territorial, ya no tan común.

En el caso de que van a dar cuenta estas líneas, la Vitoria del siglo XIX, se conformó un ‘vitorianismo’ que si primero no era mucho más que aquello de «pensar en vitoriano», tener primero presentes los supuestos intereses del conjunto frente a las opciones partidarias, o una ensoñación melancólica por «la ciudad o el tiempo perdidos», a la postre se constituyó, ya en diferentes momentos del XX, en una opción política más, dando a ese término una función y una semántica particulares y concretas. Porque, aunque sabido, es importante recordar de partida que la cultura local –como todas las demás– no se crea *per se* ni naturalmente, ni en el tiempo preliberal ni en los de la política moderna, sino que se construye por parte de determinados agentes y con precisas intenciones, sean éstas formalizadas o no, sean o no conscientes de ellas sus autores³. Del mismo modo, la semántica de esas culturas locales –el ‘vitorianismo’ en este caso– no es estática sino que cambia al interaccionar con la coyuntura del tiempo. Así, pasa por

¹ FUSI, J. P.: «Centralismo y localismo: la formación del Estado español», en G. Gortázar (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid, Noesis, 1994, p. 87. Del mismo autor, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 163-170, donde recuerda las palabras de Ortega y Gasset (*La redención de las provincias*, 1931) en el sentido de que «España era pura provincia (...), la única realidad enérgica existente».

² CASTELLS, L. y RIVERA, A.: «Los movimientos sociales en su relación con el espacio y el poder local. Su aplicación al proceso histórico de la Restauración en España, 1876-1923», en *Actes del I Congrés Internacional d'història local de Catalunya*, Barcelona, L'Avenç, 1995, pp. 47-65.

³ Una síntesis reciente de la creación de una cultura territorial, en RUBIO, C.: *La identidad vasca en el siglo XIX. Discurso y agentes sociales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

situaciones diversas —expresiva de una situación, defensiva, reactiva, agresiva...—, aunque reciba siempre el mismo nombre⁴. Una y otra realidad invitan a estudiar la plasmación de esas culturas locales desde el punto de vista histórico, contingente; en absoluto como categoría natural y/o estable.

De un pequeño mundo a otra ciudad como tantas.

«Al declinar el siglo XIX quedó cerrado para Vitoria el ciclo mas brillante de su historia, convirtiéndose en una de tantas ciudades españolas». Así comenzaba el cronista Tomás Alfaro el segundo volumen de su trilogía histórica sobre Vitoria. El primero, el que finaba en torno a 1876, en los días de la definitiva abolición foral, incluía un epílogo titulado «La ciudad desencantada», el mismo epígrafe que asignó a su segunda y tercera parte. En aquella decía: «Termino la historia genuina de Vitoria cuando sus *Fueros* se perdieron; cuando otros usos y costumbres invadieron su ámbito; cuando confundida con el mundo, dejó de ser ella misma y trocó su matiz característico por el que el mundo le prestaba»⁵.

1876 constituyó un seísmo generacional en el País Vasco. El primer Unamuno, el joven Unamuno fuerista intransigente, se mostraba «vascongadista» en su primer artículo publicado allá por 1879⁶. A semejanza de él, Alfaro Fournier, otro republicano, liberal y laico, nada «territorial», establecía un antes y un después de esa fecha, no tanto por la singularidad foral definitivamente perdida —aunque atribuyeran a ese factor la razón fundamental del cambio— como por la percepción de que hasta entonces el escenario local les pertenecía y, desde ese momento, no eran otra cosa que una sucursal, una réplica de otras ciudades, en el caso de Vitoria, o esa «charca de ranas» en manos de los *parvenues* en que inevitablemente se convirtió Bilbao, según su filósofo más universal. Pero si en

⁴ Esta semántica cambiante de la identidad preside el análisis del trabajo de GARCIA-SANZ MARCOTEGUI, A., IRIARTE, I. y MIKELARENA, F.: *Historia del navarrismo (1841-1936). Sus relaciones con el vasquismo*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2002.

⁵ ALFARO FOURNIER, T.: *Vida de la Ciudad de Vitoria*, Madrid, Magisterio Español, 1951, p. 631; ALFARO FOURNIER, T.: *Una ciudad desencantada. (Vitoria y el Mundo que la circunda en el siglo XX)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1987, p. 52. La trilogía que forman esas dos obras con *Una ciudad desencantada. Segunda parte* la edité en 1995 (Diputación Foral de Álava). Sobre la personalidad de este cronista, RIVERA, A.: «Tomás Alfaro: una biografía y una historia en la primera mitad del siglo XX», en *La historia de Álava a través de sus personajes*, Vitoria, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, 2003, pp. 147-172. Otro cronista contemporáneo y también liberal, Ladislao de VELASCO, terminó su relato en ese año así: «La Ley de 21 de Julio de 1876 cierra este largo y feliz periodo de nuestra historia: los tiempos, el país de antaño han desaparecido, y sólo nos figuramos entreverlo confusamente entre la neblina de nuestras montañas» (*Memorias del Vitoria de antaño*, Vitoria, Domingo Sar, 1889).

⁶ «La unión constituye la fuerza», *El Noticiero Bilbatino*. Sobre la cuestión: UNAMUNO, M. (ed. de J. A. EREÑO ALTUNA): *La Unión constituye la fuerza*, Bilbao, s/n, 1994; ROBLES, L. (ed.): *Escritos inéditos sobre Euskadi. Miguel de Unamuno*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, Área de Cultura y Turismo, 1998; LUJÁN PALMA, E.: *Trayectoria intelectual del joven Unamuno. Historia de una crisis de fundamentos*, Bilbao, Ayuntamiento de Bilbao, 2003.

Vitoria se acudía al hito genérico de 1876, en Bilbao, si seguimos haciendo caso de Unamuno, el antes y el después, «la Prehistoria y la Historia», las determinaban el levantamiento del sitio carlista sobre la villa, en 1874. En la capital alavesa, la última carlistada fue menos épica y no podían acudir a un referente tan local. En todo caso, allí, la diferencia real era la que separaba el ordenado Bilbao comercial y liberal-fuerista de las Siete Calles, el de la infancia de Unamuno y los de su generación, el Bilbao de *Paz en la guerra*, del industrial y amorfo de los barrios altos y populares de San Francisco y el Ensanche extendido por la absorbida anteiglesia de Abando; el Bilbao de los notables uno, y el de los diferentes «intrusos» otro⁷.

1876 significó para el País Vasco el fin de una serie de limitaciones jurídicas y culturales al desarrollo del cambio global que iba a suponer la industrialización. Pero la potencia de la fecha de 1876 –y su reiterada e histórica consideración– han conferido al caso vasco una singularidad que no es tal, y que lo diferencian sustancial y falsamente de lo que pasó en otros lugares. 1876 sería el resultado de una acción concreta, que permitiría abordar con mayor facilidad la siempre traumática relación con «el tiempo cambiante». Diríamos que 1876 proporcionó aquí la clave del relato que en otros lugares hubo de afrontarse sin asideros. Había una fecha, el 21 de julio de 1876, la de la ley abolitoria de los fueros de las Provincias Vascongadas; una persona responsable, Antonio Cánovas del Castillo; y una razón (aunque luego reinterpretada), la extensión de una norma o castigo (según se aprecie) al conjunto de los vascos, por culpa de los carlistas o por celo del gobierno español. Pero los cambios en ese instante eran similares y contemporáneos de los que se producían en otros lugares del país o del mundo desarrollado. Estados como Alemania e Italia surgían entonces, los Estados Unidos de América se conformaban después de una brutal guerra civil, mientras que las transformaciones que producía la industrialización se generalizaban en grandes regiones, y la técnica, el mercado y las estructuras políticas abastecían y sostenían un desarrollo socioeconómico aparentemente sin límites.

El cambio habría tenido múltiples expresiones, pero todas negativas. Alfaro lo ejemplifica en el terreno de la política: la extensión de la norma electoral común hizo que «la vida pública y administrativa de la Provincia y de la Ciudad se manifestara mezquina, plagada de rencorosas querellas entre mediocres ambiciosos sin talla». Justo lo contrario de la tradición, donde «los cargos públicos habían sido confiados siempre a hombres de reconocida prudencia en la administración, quienes, aunque afectos a una de las dos grandes familias, la carlista y la liberal,

⁷ JUARISTI, J.: *El chimbo expiatorio (La invención de la tradición bilbaina, 1876-1939)*, Bilbao, El Tilo, 1994, pp. 30-32, 68 y 165. Sobre las viejas y nuevas elites vascas, CASTELLS, L. y RIVERA, A.: «Notables e intrusos. Elites y poder en el País Vasco (1876-1923)», *Historia Contemporánea*, 23 (2001), pp. 629-677.

iban siempre unidos cuando se trataba del bien local»⁸. Ése fue el pensamiento dominante de la «generación vasca de 1876», consistente en la consideración de un pasado, ajeno a lo peor de la política —«en Vitoria se desconocían hasta entonces esas sañudas luchas electorales...», escribía Alfaro—, que encubría una circunstancia perfectamente conocida: las autoridades de ese idílico tiempo foral se elegían entre un reducido grupo de personas y familias, de manera que intercambiaban cargos en Ayuntamiento y Diputación o en la representación en Madrid, siguiendo así una tradición de siglos donde el poder local quedaba restringido a una estrecha oligarquía urbana. La historiografía moderna ha certificado esta circunstancia con abundancia y crudeza de datos⁹. A sabiendas también de ello, Unamuno escribía lo mismo que Alfaro (o, mejor, éste lo mismo que aquél): «Cosa triste es un pueblo que deja de ser uno, distinto de los demás»¹⁰. Pero eso era lo que estaba ocurriendo en todas partes. El mundo empezaba a hacerse más pequeño y más parecido.

La melancolía constituyó el recurso generalizado para aquella generación trastocada por los cambios de su entorno. Un común recurso, además, para los que, como Unamuno o Alfaro, recelaban pero a la vez asumían y entendían lógicas e inevitables las transformaciones sociales, y para los que rechazaban de plano éstas y formulaban diferentes «utopías de retorno» de carácter comunitarista. En todos los casos, y a la vez que se construían ideologías de respuesta a la situación, en el terreno local, y entre los dos últimos decenios del siglo XIX y los dos primeros del XX, «toda España se ocupó intensamente en *inventarse* como identidad estética»¹¹.

Imagen en construcción: bien común y cultura urbana.

Algo de esto ocurrió también en Vitoria. Antes, en el ecuador del ochocientos, en el «oasis foral» que medió entre una y otra carlistada, publicistas, cronistas, periódicos y otra serie de actores ocasionales (políticos, médicos, académicos...) fueron dando primera respuesta a esa *necesidad de inventarse*.

⁸ ALFARO FOURNIER, T.: *Una ciudad desencantada... op. cit.* pp. 44 y 70.

⁹ Apellidos como Verástegui, Echávarri, Ortés de Velasco, Echevarría, Ayala, Ortiz de Zárate, Egaña, Urquijo y Martínez de Aragón monopolizaron los cargos en el ochocientos vitoriano y alavés (ORTIZ DE ORRUÑO, J. M.: «Del abrazo de Vergara al Concierto económico», en A. Rivera (dir.): *Historia de Álava*, San Sebastián, Nerea, 2003, pp. 397 y 609. A nivel comarcal ocurría otro tanto ORTIZ DE ORRUÑO, J. M.: «Del abrazo de Vergara al Concierto económico», en A. Rivera (dir.): *Álava, nuestra historia*, Bilbao, El Correo, 1996, p. 245. Sobre el tradicional acceso restringido a los puestos de poder, PORRES, C.: *Las oligarquías urbanas de Vitoria entre los siglos XV y XVIII. Poder, imagen y vicisitudes*, Vitoria, Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, 1994.

¹⁰ «El diminutivo bilbaíno», *Bilbao Ilustrado* (6-VIII-1888), recogido en JUARISTI, J.: *El chimbo expiatorio... op. cit.* p. 79.

¹¹ MAINER, J. C.: *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de la «Revista de Aragón» (1900-1905) y «Hermes» (1917-1922)*, Barcelona, A. Redondo, 1974.

Aquel momento vino marcado por dos circunstancias singulares. La primera la proporcionaba el general empeño vascongado por construir un relato que asentara la continuidad de su excepción foral en un tiempo en el que convivía la incertidumbre por el futuro con un fortalecimiento de las instituciones provinciales como no se había conocido. Las elites vitorianas y alavesas contribuyeron con todas las vascas a dar forma a esa lógica historicista que explicara por qué los vascongados debían *estar en España* de una manera diferente a los demás territorios. En ese trasunto, las potentes identidades provinciales, lejos de atenuarse, no hicieron sino sumarse operativamente en un *Irurak bat* (tres en uno) del que se desprendía recurrentemente una referencia a la «nacionalidad vascongada», por supuesto lejos de la semántica adquirida en los futuros años finiseculares¹². La segunda circunstancia era de orden local. Aunque negativamente afectada en su condición de gran plaza comercial por el traslado de las aduanas interiores a la costa (1841), Vitoria creyó vivir una época próspera en esa mitad de siglo. Decimos «creyó» porque era ésa la percepción de los contemporáneos, que sin embargo no se compadece tanto con las cifras objetivas ni, mucho menos, con una mirada retrospectiva y comparativa con su entorno¹³. Es la época dorada de Vitoria, de cuando se reconocía a sí misma como la «Atenas del Norte», de cuando su Ateneo, su Instituto de Segunda Enseñanza o su Caja de Ahorros eran pioneros en el país, solo aventajados en el tiempo por la lógica y primigenia fundación de los de la capital y Corte¹⁴. En aquellos años, y esto es algo muy importante, Vitoria era la segunda ciudad más poblada de la región vasco-navarra, más que Bilbao y que San Sebastián, y solo aventajada por Pamplona. La otra realidad, la que luego explicará la definitiva (y desencantada) imagen de la capital alavesa, la proporciona el hecho conocido de la diferente evolución de esas localidades. Entre aquel censo de 1857 y el de 1920, Bilbao había más que sextuplicado su población, San Sebastián casi cuadruplicado y Vitoria ni siquiera la había mul-

¹² JUARISTI, J.: *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987; RUBIO, C.: *La identidad vasca... op. cit.* pp. 39 y ss. (en especial pp. 87-98).

¹³ RIVERA, A.: *La ciudad levítica. Continuidad y cambio en una ciudad del interior (Vitoria, 1876-1936)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1992, p. 33. Las crónicas dicen que en 1865 se alcanzaron «los días más felices que han lucido para la generación», pero cientos de campesinos alaveses emigraban a consecuencia de la crisis agraria por el hundimiento de los precios del cereal.

¹⁴ «Vitoria tiene mejores títulos de localidad que Bilbao, Tolosa, Vergara y Oñate. (...) Vitoria no tiene superior como localidad: por ella cruzan seis carreteras en todas direcciones; se comunica rápidamente con las capitales de las provincias comarcas; mantiene con la corte una correspondencia activa y constante (...); abunda en edificios cómodos y en medios de subsistir con desahogo; su clima es bueno; las costumbres de sus habitantes bastante puras...». La referencia es de 1849, de la Comisión de Instrucción Pública, recogida por SERDÁN, E.: *El libro de la Ciudad*, Vitoria, Editorial Social Católica, 1926, p. 205.

tipificado por dos. En cuanto al total de Álava, el número de sus habitantes era el mismo en uno y otro censo¹⁵.

Hay, pues, dos momentos contradictorios en esa construcción de la imagen local vitoriana: uno de supuesta bonanza y otro de exagerado desencanto, que se corresponden con sendas situaciones socioeconómicas y con más o menos ajustadas percepciones de la realidad. La década final del ochocientos constituiría el gozne entre una y otra. Aquella primera Vitoria, la idílica, se construyó sobre todo a partir de la «consistorialización» de su relato contemporáneo¹⁶. El término refiere la técnica utilizada por los cronistas de la época –a partir del modelo inaugurado por Ladislao de Velasco en *Crónicas del Vitoria de antaño* (1889)– para historiar los hechos de la ciudad reproduciendo fragmentos de las actas municipales¹⁷. Semejante exageración empirista, muy propia del tiempo, remitía a una concepción muy precisa de la historia local. Primero, la historia de la ciudad era sobre todo la de su construcción física como tal, la de las decisiones que en ese mismo momento del ecuador del XIX se tomaban para la definición y extensión del ensanche urbano. Segundo, los protagonistas fundamentales de esa historia eran los ediles que resolvían (y Ladislao de Velasco era precisamente el alcalde de entonces). Tercero, y principal en este caso, semejante metodología de análisis y exposición conducía a asentar un «objetivismo» tal que los intereses particulares o las visiones diferentes –que señala en parte Velasco– desaparecían ante la supuesta intención colectiva y comunitaria que presidiría aquellas actuaciones. Hasta la crónica de Tomás Alfaro, escrita en el franquismo y publicada entonces (por eso) solo parcialmente, no hay un atisbo de crítica ni una mirada moderna que constate la acción de los intereses privados. Toda la publicística de la época respondió también en Vitoria a aquel modelo.

¹⁵ CASTELLS, L. y RIVERA, A.: «Una inmensa fábrica, una inmensa fonda, una inmensa sacristía. (El espacio urbano vasco en el paso de los siglos XIX al XX)», en L. Castells (ed.): *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1999, pp. 13-53. En 1857, las cifras de población para Vitoria, Bilbao y San Sebastián eran, respectivamente, 18.710, 17.923 y 15.911. En 1900 eran 30.701, 83.306 y 37.812. En 1920 eran 34.785, 112.819 y 61.774. Por otra parte, en toda la provincia de Álava no había más que otros dos núcleos de más de 3.000 habitantes, y situados a treinta o cuarenta kilómetros de distancia (Amurrio y Laguardia), mientras que los nueve vizcaínos y los catorce guipuzcoanos (en 1877) en su mayoría estaban en torno o cerca de sus respectivas capitales.

¹⁶ El término es de Javier de la Fuente, a quien sigo en este apartado su texto inédito «La visión de Vitoria a través de las crónicas contemporáneas», presentado como trabajo de investigación en el Programa de Doctorado 1999-2000, «La formación del mundo contemporáneo» de la Universidad del País Vasco.

¹⁷ En el prólogo ya advertía que «he venido a escribir la historia y vida municipal de nuestro pueblo, historia exacta y oficial pues toda ella está tomada de actas notariales, que ese carácter tienen las del Ayuntamiento (...) exactitud notarial que hace su narración y estilo más pesado y monótono con tanta repetición de sesiones y fechas...», VELASCO, L. de: *Memorias del Vitoria de antaño*.

La correspondencia en la acción pública que tenía esa manera de historiar era la descalificación de la política o su consideración resignada de la misma. La novedad de la norma común española, aplicada ahora a las provincias Vascongadas, llevó a la desconsideración de la diferencia. No se pierda de vista que la política, entonces, se entendía más desde el consenso comunitario que desde la necesidad de ordenar el conflicto que suscitan los intereses particulares contrapuestos. En el pasado, escribían, las pasiones políticas habían conducido a la parálisis. Y para ello lo ilustraban con los críticos momentos de la francesada, de la Década Ominosa o de la primera guerra civil carlista. Si el dinamismo y bienestar de la ciudad tenían que ver con la capacidad constructiva urbana, efectivamente aquellos años no habían sido prósperos, y sí, por el contrario, la paz del intermedio del ochocientos. «Cuando había política, Vitoria no crecía»¹⁸. Puede que por eso, en las crónicas del tiempo, no figure nunca la filiación partidaria de cada cual, y que todos parezcan sumergidos en la común referencia «liberal-fuerista» que la historiografía posterior les ha otorgado. Por eso, también, las diferencias políticas, hasta 1868 y, definitivamente, desde 1876, no se manifestaban ni sustanciaban dentro de las instituciones –y si lo hacían, siempre prosperaba el «bien común»– sino entre éstas: normalmente con el Gobierno Civil, lo que de paso alimentaba la provechosa tensión entre lo local y lo ajeno, en la mejor estrategia foral. Una circunstancia aparente ésta –la de que las tensiones no se suscitaran dentro sino entre las instituciones– que reaparecerá durante el franquismo, cuando los intereses privados se sometían al dictado de la autoridad, defensora de ese bien común, y donde lo que se destacaba era la diferencia de criterio entre autoridades de diversas instituciones, aunque aquélla no fuera más que «esgrima de alfileres»¹⁹.

La política vitoriana, entonces, estaba monopolizada por una elite liberal-fuerista de intereses sobre todo inmobiliarios, representativa de la mesocracia que acabó dominando la ciudad. Esa elite es la que creó la imagen de Vitoria en el XIX y la que instituyó el espíritu de la misma que hemos llamado ‘vitorianismo’²⁰. Otro cronista, Eduardo Velasco, la describía idílicamente:

«Todos ellos propietarios, industriales o comerciantes; algunos participando de varias de esas profesiones o de todas ellas. Todos con arraigo en el pueblo, con

¹⁸ FUENTE, J. de la: *La visión de Vitoria a través de las crónicas contemporáneas*. S/p, p. 8. En las elecciones de 1887, *El Anunciador Vitoriano* escribía: «Los adversarios políticos han llevado a Vitoria a la postulación de la vida municipal (...) les interesa más sacar provecho de los escaños municipales que la administración del municipio».

¹⁹ RIVERA, A.: «La Estación de autobuses y la Vitoria del primer franquismo», en *El edificio Artium eraikina*, Vitoria, Artium Centro-Museo de Arte Contemporáneo, 2007, pp. 42-55. Todos los cronistas, sin excepción, defendían en sus textos la posición del Ayuntamiento frente a los gobiernos civiles, y solo eran un poco más ecuanímenes cuando la diferencia se suscitaba con la Diputación.

²⁰ RIVERA, A.: *La conciencia histórica de una ciudad: el 'vitorianismo'*, Vitoria, Diputación Foral de Álava, 1990.

independencia, con deseos de administrar rectamente el procomún y la cosa pública. Todos amigos, compañeros, sin preguntarse unos a otros su opinión política, ni acordarse jamás de ella cuando asuntos de interés general se discutían. Parcos en palabras, pródigos en servicios, comedidos y transigentes en sus controversias cuando éstas se presentaban, desinteresados siempre, y siempre dispuestos a secundar generosas iniciativas...»²¹.

Por debajo de aquel relato, construido por las crónicas de sus protagonistas, estaba la realidad. Por ejemplo, la de un ensanche que presenta en su arteria principal –la de la Estación; luego llamada de Eduardo Dato– todo un monumento al predominio de los intereses especulativos particulares: la calle está desplazada respecto de su eje lógico²². En paralelo a ese relato, la elite local, designada ahora mediante sufragio censitario, solo discutió con gobernadores civiles celosos de su cargo, con los vecinos de los pueblos de su municipio, con la Provincia o con el poder de los notables rurales²³. En todas esas contiendas, poco políticas en el sentido actual del término, fueron construyéndose la imagen de Vitoria y el ‘vitorianismo’. Cuando litigaba con gobernadores civiles, la cuestión se resolvía o bien removiendo a los concejales más contumaces o bien trasladando al gobernador a otra provincia. No en vano los nombramientos de estos últimos se pactaban entre la Provincia y el Ministerio. Contra los pueblos de la circunscripción municipal comenzó a fraguar Vitoria su carácter exclusiva y excluyentemente urbano. El de Vitoria es un municipio muy extenso –277 kilómetros cuadrados–, que supone casi una décima parte de la superficie provincial y que contenía una parte de población viviendo y trabajando en el entorno rural de sus cuarenta y cuatro aldeas. En 1900, la población activa del sector agropecuario en Vitoria estaba entre el diez y el quince por ciento. Antes había sido mucho mayor –casi el 40% en 1860– porque incluso parte de la población urbana vitoriana, no solo de las aldeas, se empleaba en el sector primario²⁴. Durante la primera guerra carlista, los pueblos vendieron tierras concejiles para soportar los gastos de la contienda, sin permiso del Ayuntamiento vitoriano. Al final de ésta, la ciudad se negó a recono-

²¹ VELASCO, E.: *Crónicas y biografías alavesas*, Vitoria, Imprenta Provincial, 1910, p. 118. Se refería al Consistorio de 1865, pero podría aplicarse a cualquiera otra institución local.

²² RIVERA, A.: *La ciudad levítica...* *op. cit.* pp. 24–26.

²³ En 1860 solo había 382 electores en todo el municipio, de los que únicamente la mitad eran elegibles. El anterior sistema de «insaculación» no era menos restrictivo y oligárquico. El análisis de los conflictos mantenidos por la elite vitoriana los seguimos del trabajo de ORTIZ DE ORRUÑO, J. M.: «Del abrazo de...», *op. cit.* pp. 398–403.

²⁴ RIVERA, A.: *La ciudad levítica...* *op. cit.* p. 37; y «De una pesada tradición a una lenta modernidad», en A. Rivera (dir.): *Historia de Álava...* *op. cit.* p. 431. En 1860, el 37,5% de los vitorianos era labrador o ganadero. El censo de 1900 sumó a éstos los propietarios y rentistas, y eso distorsionó el porcentaje. Para la importancia tradicional de esta población agropecuaria, ver PORRES, R. y ARAGÓN, A.: «A ambos lados de la muralla: los labradores entre Pintorería y el Arrabal», en R. Porres (dir.): *Vitoria, una ciudad de ‘ciudades’ (Una visión del mundo urbano en el País Vasco durante el Antiguo Régimen)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1999, pp. 481–531.

cer las enajenaciones y las aldeas decidieron separarse del municipio y articularse en torno a otros dos núcleos rurales, Ali y Elorriaga. En 1849, los tribunales dieron la razón a la ciudad y obligaron a que aquellas tierras volvieran al uso común. Siguieron los pleitos, pero para 1864 todas las localidades habían vuelto a la disciplina de Vitoria, desangradas por los gastos del proceso, reconociendo definitivamente el poderío de la urbe. Vitoria se dibujaba a sí misma, en ese y en otros procesos, como un lugar exclusivamente habitado por ciudadanos urbanos, haciendo desaparecer del imaginario común a sus vecinos campesinos o relegándolos a una condición anecdótica o folklórica.

Más importancia tuvo el choque entre Vitoria y Álava, entre la Ciudad y la Provincia. Desde el bajo medievo, Álava era conocida incluso en documentos de la corona como «la provincia de la ciudad de Vitoria»²⁵. A diferencia de Vizcaya y de Guipúzcoa, e incluso de Navarra, desde un principio no hubo más núcleo de población importante que Vitoria, y las otras villas originales de la urbanización medieval, Salvatierra y Laguardia, nunca le hicieron sombra. Luego, desde el siglo XIX, la victoria de la ciudad sobre el campo fue imponiendo la importancia de Vitoria, hasta llegar al extremo macrocefálico de hoy, en que tres de cada cuatro alaveses viven en la urbe. Las provincias no fueron en España una realidad jurídica plena hasta 1822 y definitivamente desde 1833, aunque las vascongadas funcionaban como tales. Eran «las provincias por excelencia». Por eso no existía el concepto de capital, pero sí que se disputaba dentro del territorio el control del gobierno foral y la condición de «cabeza de Álava» que reclamaba la ciudad. En 1804, el Consejo de Castilla anuló el privilegio que tenía Vitoria desde 1534 para nombrar al Diputado General de Álava —que debía ser vecino de la ciudad—, y que la provincia litigaba desde al menos 1751. Vitoria reaccionó en 1840, exigiendo un sistema de representación adecuado al desigual peso que ya tenían las diferentes localidades. En ese año se resolvió el pleito al crearse una nueva Cuadrilla —demarcación representativa provincial—, la séptima, de manera que la ciudad aseguraba su presencia en la Junta Particular y en el control de las cuentas forales. A la vez, el nuevo Estado constitucional asentó el poder administrativo en las capitales de provincia, y el renovado poder foral hizo lo propio. Resultado de ello fue, por ejemplo, la construcción del Palacio de la Diputación, en Vitoria, en aquel propicio intermedio entre las dos guerras carlistas, el momento en el que el poder provincial alcanzó una dimensión «insultante». Vitoria era ya la capital, legal y real, y aunque, efectivamente, fueron varios los siguientes Diputados Generales con vecindad no vitoriana —el exministro Egaña y el financiero Estanislao de Urquijo, por ejemplo, vivían en Madrid—, progresi-

²⁵ En 1614, Álava y Vitoria pleitearon sobre el título y denominación de la provincia. En 1621, la Chancillería de Valladolid dio la razón a la primera.

vamente dejó de tener tanta importancia el origen territorial de ese cargo²⁶. Con todo, el pulso Ciudad *versus* Provincia persistió porque el sistema de demarcaciones y de poder perjudicaba seriamente el cada vez más desproporcionado peso demográfico, económico, social y hasta político de la primera en el contexto provincial. La Diputación de Álava, anulada ya la representación en forma de Juntas Generales tras la definitiva abolición foral de 1876, se componía de doce diputados provinciales, elegidos en partes iguales por cada distrito (Vitoria, Amurrio y Laguardia). Cuando en 1915 una lista interminable de antiguos cargos públicos y de «fuerzas vivas» vitorianas pidió a las Cortes españolas la modificación de ese procedimiento, el distrito electoral de Vitoria sumaba más del doble de habitantes (y electores) que los dos otros sumados. No tuvieron éxito, e insistieron en su demanda en 1923 y después, alimentando así un victimismo vitorianista y anti-ruralista que evidenciaba sobre todo el descontento de los dirigentes locales por su incapacidad para controlar la política provincial²⁷.

El último choque que mantuvo la elite vitoriana en el ecuador del siglo XIX fue con los notables de intereses rurales que venían dominando la Diputación, representados en Iñigo Ortés de Velasco, el hombre fuerte de la provincia hasta entonces. La disputa tiene un origen y una razón básicamente fiscales –Vitoria debió hacerse cargo de un impuesto de culto y clero que quintuplicaba la cantidad inicial–, pero se vistió de unos ropajes foralistas que ilustran acerca del manejo de esas ideologías y símbolos. El primer asalto de aquel conflicto se produjo en 1854, cuando Vitoria demandó la supresión de las ordenanzas forales que impedían nombrar a los abogados –representantes por excelencia de las clases medias urbanas– para ocupar puestos en la Junta General provincial. El asunto se zanjó provisionalmente con la expulsión de los dos procuradores vitorianos, pero, ante la amenaza de la capital de abandonar la Junta, la Provincia debió aceptar los nombramientos municipales sin ese tipo de limitaciones. El segundo pulso, más importante, tuvo lugar diez años después. El exministro Pedro Egaña, un hombre de Ortés de Velasco, fue elegido Diputado General a pesar de residir en Madrid y de su posición fuerista transigente. El escándalo fue

²⁶ Los intereses urbanos vitorianos argumentaban: «Pues estando dividida la Provincia en más de cuarenta hermandades y siendo Vitoria la superior en población y riqueza, y no teniendo en Juntas sino la misma representación que cada una de las otras (...) carecen de toda garantía sus preciosos y considerables intereses en las dos más importantes operaciones de la administración: la distribución de cupos y el examen de las cuentas», ORTIZ DE ORRUÑO, J. M.: «Del abrazo de...», *op. cit.* pp. 401 y 609-610. «Foralidad insultante» fue el término acuñado por José María Portillo para destacar la fortaleza de recursos del poder provincial vasco, en contradicción con la teórica merma de atribuciones producida a partir de 1841, (*Los poderes locales en la formación del régimen foral, Guipúzcoa (1812-1850)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1987, pp. 143 y ss.).

²⁷ RIVERA, A.: *La ciudad levítica...* *op. cit.* pp. 216-217 y 237. La denuncia siempre se remitía a la sobredimensionada representación del «ruralismo».

mayúsculo cuando accedió a la reelección tres años después, obviando el «hueco de ordenanza» que establecía en la tradición foral que los detentadores de un cargo no se sucedieran sin interrupción en el mismo. La mayoría de la Junta antepuso a las tradiciones su soberanía para nombrar libremente. Aquello enfrentó directamente a la ciudad y a sus elites fueristas intransigentes –el alcalde Ladislao de Velasco, el presidente del Colegio de Abogados y protagonista del conflicto anterior por su nombramiento como procurador vitoriano, Ramón Ortiz de Zárate, Diputado General antes que Egaña, o el futuro en ese cargo y último por el procedimiento foral, Domingo Martínez de Aragón– contra la Provincia. La capital, muy potente ya, consiguió de Madrid la nulidad de la reelección, imponiéndose a la gran influencia de Egaña en la Corte. Pero, a pesar de ese triunfo, la Diputación alavesa estuvo controlada en la mayor parte de la Restauración por la Casa Urquijo, importantísimos financieros avecindados en Madrid aunque originarios del norte de la provincia, de las Tierras de Ayala. Al dividirse Álava en tres distritos iguales, en 1882, los Urquijo iban al copo en su demarcación, Amurrio, y así se constituían inevitablemente en el «principal partido». Por eso éstos fueron siempre los primeros opositores de cualquier operación «vitorianista».

Aquella formidable generación de los años sesenta fue desapareciendo hacia finales del siglo XIX. Su importancia y su exitosa asociación al recuerdo de una Vitoria esplendorosa se constatan en la docena larga de sus miembros que dan hoy nombre a calles vitorianas del centro urbano: los hermanos Herrán y los Manteli, los políticos Ortiz de Zárate, Egaña, Becerro de Bengoa, Martínez de Aragón, Juan de Ayala o Mateo de Moraza, el publicista Colá y Goiti, los músicos Iradier y Goicoechea, el catedrático Apraiz, el marqués de Urquijo, el general Loma, el explorador Manuel Iradier, el concejal Arrieta²⁸... Éstos son los que construyeron las primeras versiones de una identidad y cultura local que hemos denominado –y así lo hacían ya en su tiempo– ‘vitorianismo’. Su caracterización respondía por lo menos a la suma de los siguientes factores distintivos:

- vasquismo foralista típicamente decimonónico;
- nostalgia no ya por la ciudad perdida o transformada sino por el tiempo arrebatado, al pasar a ser éste el mismo que operaba en cualquier otro lugar;
- rechazo de la política moderna por su sucursalismo respecto de la norma española y sobre todo por dejar de concebirse como expresión armónica de la comunidad y del bien común;
- identificación de Vitoria como núcleo urbano, claramente diferenciado, distinto y superior que la provincia rural y sus habitantes;

²⁸ Otros, como los alcaldes Ladislao de Velasco y Álvaro Elío, o como Ramón Ortés de Velasco, no tienen calle.

- y victimismo progresivo por no corresponderse la falta de control del poder provincial con el predominio a todos los efectos que tenían los vitorianos en Álava.

En términos políticos, el 'vitorianismo' todavía no fue sino la expresión local de la dificultad para incorporarse a esa política moderna de partidos y de confrontación. Más que conformarse como algo concreto y diferenciado de otras propuestas, no fue sino el discurso que alimentaban las candidaturas «administrativas o neutras» o también las «alianzas de fuerzas liberales» para contener al siempre potente tradicionalismo carlista. En esas ocasiones en que la política de partidos se subordinaba a las operaciones de unidad surgía la recurrente invocación al bien común y a la tradicional política en la que sus elites actuaban al unísono para conseguirlo. La lista liberal para las elecciones de 1889 se presentaba como

«personalidades de la aristocracia, de la ciencia, de las letras, de las artes, de la propiedad, de la industria, del comercio y del pueblo, animados de idénticas aspiraciones y de los mismos propósitos: los de colocar al frente de la Administración provincial y municipal dignos patricios que llevasen a cabo una gestión pura y fructuosa, a fin de remediar los males que, sucesos de todos conocidos, habían traído al País, colocándolo en circunstancias difíciles y situación bien precaria»²⁹.

Era todavía un 'vitorianismo' sin contrario, aunque ya se atisbaba que la desazón de esa elite vitoriana, mayoritaria y difusamente «liberal-fuerista», por verse desplazada cada vez más por el carlismo le iba a llevar a un juego de identificación de lo urbano con lo liberal, y por lo tanto con lo anticarlista. Pero ese paso se iba a dar años después.

El 'vitorianismo' político.

El final del siglo XIX y el arranque del XX ubicaron a la nueva elite local vitoriana ante el hecho de que la esplendorosa ciudad de los sesenta no era más que una entelequia literaria y que los nuevos tiempos habían convertido a la alavesa en una capital de provincias de muy segundo orden. La comparación con Bilbao y con San Sebastián resultaba ahora imposible. A la vez, los otrora relativamente dinámicos comerciantes y manufactureros locales habían sido sustituidos por los propietarios de suelo y los tenedores de Deuda. Vitoria había pasado definitivamente de comercial a rentista³⁰. Su núcleo intelectual de los tiempos de la «Atenas del Norte», los editores Herrán y Manteli, aquellos catedráticos del Instituto, el higienista Roure, incluso algunos publicistas de altura, habían sido sustituidos

²⁹ ALFARO FOURNIER, T.: *Vida de la... op. cit.* p. 589. Así se expresó la prensa adicta al dar cuenta de la reunión de las fuerzas vivas locales para constituir la Asociación Liberal Fuerista.

³⁰ En dos de los grandes empréstitos de la época, el de 1917 y el de 1919, Vitoria apareció entre las diez primeras plazas en compra de suscripciones de Deuda Pública, cuando la dimensión de su economía real no se aproximaba ni de lejos a ese puesto ROLDÁN, S. y GARCÍA DELGADO, J. L. ROLDÁN, J.: *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1973, vol. I, pp. 210-218.

por cronistas mediocres (Serdán, Baráibar, Eduardo Velasco, González de Echávarri: todos alcaldes o diputados generales) o por perennes melancólicos con ínfulas literarias, como Herminio Madinaveitia, primer director y propietario del diario liberal local y también alcalde de un Consistorio, en 1920, en el que solo estaba él como edil monárquico para ser nombrado por Real Orden. Por último, la Vitoria liberal decimonónica, la que también resistía el acoso carlista —en realidad en la guerra y figuradamente en la paz política—, se había tornado levítica y convertido su hipertrofiado personal de culto y clero en negocio fundamental para el comercio y la propiedad locales (junto con la abundante guarnición militar) y en regidor de las conciencias. Por eso y por mucho más, el moderno cronista Alfaro la denominó ajustadamente «una ciudad desencantada». Pero mucho antes se advertían los síntomas de la decadencia. *El Anunciador Vitoriano* cerró 1888 con un artículo titulado «El porvenir de Vitoria»:

«Mientras todas las capitales de las provincias limítrofes adelantan fabulosamente en progreso y prosperidad, nosotros perdemos diariamente algún elemento de riqueza. (...) Los capitalistas y hombres de influencia y saber en Vitoria se ocupan en especular con valores públicos, y a lo más dedican sus ocios a la política, cuando no limitan sus aspiraciones a obtener esa especie de senaduría vitalicia y honorífica que constituyen las juntas benéficas de esta ciudad. (...) Estamos viviendo de elementos prestados, y si por un cambio de criterio o de personas en el gobierno retiraran la guarnición y suprimieran el obispado, a las innumerables habitaciones hoy vacías habría que añadir otras 300 ó 400 más...»³¹.

Acertaba: en 1893 «voló» a Burgos la Capitanía de la Región militar y, luego, el general repunte inversor del primer lustro del siglo XX dio lugar en Vitoria a una oportunidad industrializadora que se saldó con un mediano fracaso y, sobre todo, con una exagerada percepción de crisis total entre los contemporáneos³². En ese escenario decadente, tan distinto del anterior, el ‘vitorianismo’, como cultura y como identidad local, tomó otra forma y semántica. Ya no era solo expresión de un estado de ánimo melancólico por el tiempo que se fue. Ahora iba a ser reacción apurada ante la tripleta de situaciones que denunciaba aquel diagnóstico de *El Anunciador*: la parálisis y retraso respecto de otras ciudades del entorno, la falta de una elite local capaz y la necesidad de asegurar el futuro mediante la protección de un político poderoso. El ‘vitorianismo’ ya no era de todos porque para estas horas la política de la diferencia y de las diversas alternativas se había impuesto, y porque el potente tradicionalismo no estaba dispuesto a jugar esa

³¹ «El porvenir de Vitoria», *El Anunciador Vitoriano* (30-XI-1888), recogido en FUENTE, J. de la: «La visión de...», *op. cit.*.

³² Reacciones al traslado de la Capitanía, en FUENTE, J. de la: «La visión de...», *op. cit.*. Pero siguió habiendo unos tres mil efectivos en la numerosa guarnición local. El fracaso de la industrialización en RIVERA, A.: *La ciudad levítica...* *op. cit.* pp. 62-66. Una visión posterior más matizada, en *Historia de Alava...* *op. cit.* pp. 444-447.

partida. El ‘vitorianismo’ iba a configurarse como una estrategia de las elites locales, liberales por anticarlistas, para controlar por fin la política de la ciudad y de la provincia, cosa que desde la llegada del sufragio universal masculino se les estaba resistiendo.

La secuencia de hechos comenzó en 1905, cuando se trasladó a Álava una idea guipuzcoana consistente en conformar candidaturas únicas de todos los partidos para las elecciones a la Diputación con el objetivo de que el gobierno español, ante la demostración de unidad de las fuerzas políticas vascongadas, bajara la guardia en la inmediata negociación del nuevo Concierto económico. Para cometido tan prosaico se resucitó toda la liturgia del ‘vascongadismo’ típico de 1876: aquello de «ni azules ni verdes, ni negros ni rojos. Todos somos unos vascongados fueristas vitorianos», que también se había utilizado cuando se iba la capitalidad de la Región militar³³. Esta tregua entre partidos fue respetada por todos en Vitoria, pero en el distrito de Amurrio la Casa Urquijo no se sometió al pacto y nombró sus candidatos para seguir gobernando la provincia. Así, el intento de unanimidad de la Liga fracasó y se demostró incapaz de imponer los intereses vitorianos a los provinciales de Urquijo. Dos años después, en 1907, en unas movidas elecciones a Cortes, sumida la ciudad en la incertidumbre, sus elites intentaron por vez primera armar un discurso y una coalición ‘vitorianista’ en torno a un político de trayectoria y de influencia: Eduardo Dato. De nuevo fracasaron; esta vez porque los partidos populares a derecha e izquierda, carlistas y republicanos, demostraron ser mucho más capaces en la ciudad que todo el poder de sus dirigentes económicos y sociales. Ello confirmó casi tres lustros de desplazamiento del poder político local del control de sus elites en otros terrenos, en mitad de una sensación de fracaso absoluto, que fue sintetizada por uno de aquellos notables con estas palabras: «¡Pobre Vitoria!»³⁴. Dato se había presentado a sí mismo como el candidato de «todos los que coloquen por encima de las pasiones políticas el amor al país y persigan, como interés principalísimo, su mejora, su progreso, su bienestar...». Finalmente, en 1914, habiendo transcurrido entre medias unos años de gobierno local carlista que terminó por reblandecer las resis-

³³ *El Gorbea* (15-VIII-1893). Las protestas por la Capitanía se vistieron también de pleito foral. El cometido de la Liga Foral Autonomista se resumía así: «Próximo a espirar el término del concierto económico, estipulado entre el gobierno y las provincias Vascongadas, es de absoluta necesidad que todos los buenos vascongados, que todos los buenos alaveses, se penetren bien de la situación grave que va a plantearse al país vascongado por el poder central, para que unidos todos como un solo hombre en su patriótico y común sentir, se apresten con la fuerza incontestable que dan la razón, la justicia y el derecho, a defender los pobres restos de nuestro régimen foral, de nuestra relativa felicidad» *La Libertad* (6-III-1905). Sobre la Liga en Álava, RIVERA, A.: *La ciudad levítica... op. cit.* pp. 92-97; para Guipúzcoa, CASTELLS, L.: *Fueros y Conciertos Económicos. La Liga Foral Autonomista de Guipúzcoa (1904-1906)*, San Sebastián, Haranburu, 1980.

³⁴ Un análisis pormenorizado de esas elecciones, en RIVERA, A.: *La ciudad levítica... op. cit.* pp. 97-104.

tencias de la opinión liberal más sincera, la republicana, la operación ‘vitorianista’ en torno a Dato prosperó. Todas las «fuerzas vivas» y las fuerzas políticas de la ciudad, excepto los carlistas, decidieron dar el voto y el acta a Dato, y que éste prodigase de favores a la ciudad que había visto nacer a su madre —una Iradier—, la que le había hecho hijo adoptivo de ella y dado luego su nombre a la calle más principal. Desde marzo de 1914 a su muerte, en marzo de 1921, Vitoria pasó a ser su distrito en propiedad. Lo explicó muy bien —en 1918, cuando el ‘datismo’ estaba en su puntual esplendor— el publicista de esta operación, el periodista local Ángel Eguileta:

«Y así nació la idea de fijarnos en don Eduardo Dato, no como político, sino como protector: como lo fue Sagasta en Logroño, los Pidal en Asturias, Romanones en Guadalajara, y tantos otros que, habiendo llegado a los puestos más codiciados, se valen de su influencia y de sus prestigios en beneficio de sus Distritos o de los pueblos de su predilección, y éstos, sin renunciar a sus aspiraciones ni a su historia, se ven redimidos, felices, en progresión constante, por la mano pródiga de sus favorecedores»³⁵.

Pocas veces se ha podido hacer una glosa tan generosa y tan falsa de la esencia misma del clientelismo político que caracterizó el sistema de la Restauración en España. A cambio de los votos casi unánimes se anulaba no solo la política, en su acepción de libre y pacífica confrontación de diversos pareceres, sino también el propio pulso de aquella sociedad al derivar todas sus expectativas a lo que viniera de su «protector» en Madrid. El ‘vitorianismo’, como cultura localista, cobraba ahora una dimensión estrictamente política, de parte, con al menos tres consecuencias de primer orden. En principio, desactivó por completo la dinámica y vitalidad interna de la sociedad vitoriana en esos años. Bien se puede afirmar que, al menos en esa experiencia, ese localismo constituyó una rémora, un freno al proceso movilizador y modernizador de la política local. A la larga, esa parálisis no hizo sino anticipar en Vitoria la crisis del sistema, ya que al entrar en dificultades el vitorianismo datista —a partir de 1918— se vio cómo todos los partidos sin excepción eran incapaces de responder a ésta y de sustituir y renovar un procedimiento caduco e inútil³⁶. No es casual que desde ese año las únicas novedades y expectativas sociales y políticas vinieran en Vitoria de fuera del sistema: nada menos que de la mano de nacionalistas vascos, de anarcosindicalistas y de

³⁵ UN ALDEANO (seudónimo de Ángel EGUILLETA): *Dato y Vitoria*, Vitoria, Imprenta Cadena y Eleta 32, 1918, pp. 17-18. La operación en torno a Dato, en RIVERA, A.: *La ciudad levítica... op. cit.* pp. 195-200 y 214-221.

³⁶ «Los partidos políticos en Álava parecen desentenderse por completo de la vida nacional y aun de la local. Lo mismo las derechas que las izquierdas resumen sus aspiraciones a tener un lugar de reunión, llámese centro o círculo, donde celebrar veladas de tarde en tarde, con balcones para colocar en ellos un asta en la cual ondee en las solemnidades, la respectiva bandera» *Heraldo Alavés* (3-XII-1918).

sindicalistas católicos, cubriendo los respectivos espacios que dejaban el espectro liberal y republicano en lo político, el socialista en lo sindical –en paralelo a la pugna nacional CNT–UGT de estos años– y el carlista, carcomido por las escisiones. Porque en origen, y como segunda consecuencia (y causa, en este caso), el ‘vitorianismo’ datista fue también una operación muy sagaz llevada a cabo por esas elites vitorianas, hijos de aquellos brillantes hombres de la generación decimonónica local (lo eran sus dos máximos representantes: Gabriel Martínez de Aragón, hijo del último Diputado General del tiempo foral, y Guillermo Elío, hijo de alcalde y Diputado General en los años ochenta y noventa del XIX). Esa elite económica y social vitoriana, genéricamente liberal (incluyendo ahí a conservadores datistas e incluso a los mauristas en sus inicios), incapaz de imponerse a carlistas y republicanos entre finales del ochocientos y la Primera Gran Guerra, urdió ese discurso y esa alianza, se puso al frente de la misma, subordinó a su iniciativa a los republicanos y a los escasos liberales y socialistas, y enarbolando el discurso del bien común, del localismo y del anticarlismo reordenó la situación en su favor. La tercera consecuencia deviene de la actitud de los opositores a la operación ‘vitorianista’ en torno a Dato, y explica el corto desarrollo de ésta, nacida en 1914 y llegada a su esplendor y pronta crisis ya para 1918, aunque formalmente resistiera hasta 1920 ó 1921. Por orden de importancia, fueron tres sus contrarios. El menos público, pero el más eficaz, fue el rechazo que recibió de la Casa Urquijo, para quien Dato trabajó muchos años como abogado y como componedor político. La Casa se limitó a remitir una nota a los promotores de la Alianza Patriótica Alavesa, nombre oficial del «partido datista vitoriano», donde señalaba que «no es necesaria esa Alianza para velar por los intereses de Álava»³⁷. ¡Quién mejor que la Casa para saber qué eran y cómo se defendían esos intereses! Pero su rechazo tenía que ver con algo que se advirtió pronto: la operación era de los intereses «vitorianos» para hacerse también con el control de la Provincia y limitar el poder urquijista, algo que lograron durante unos años a través del líder republicano, Miguel Fernández Dans. Sin embargo, al entrar en crisis el datismo, los Urquijo se resarcieron pasando a controlar, no solo «el suyo» de Amurrio, sino los tres distritos electorales alaveses entre 1920 y 1923. En ese sentido, la Dictadura vino a cortar un poder de la Casa en Álava sin límite alguno. Las múltiples consecuencias y objetivos de la operación vitorianista-datista también fueron observadas y rechazadas en origen por los carlistas. No en vano, como se ha dicho, ésta se trenzaba, a la usanza decimonónica, presentando como enemigo y justificación a un tradicionalismo que había gobernado la ciudad en los años previos y que había concitado la oposición de toda la opinión liberal. Los carlistas vieron pronto que ellos iban a ser los perjudicados políticos, y por eso se

³⁷ *El Eco de Álava* (22-II-1915).

limitaron a retraerse y esperar que entrara en crisis el invento, y a denunciar éste desvelando su contenido:

«Eso del anticarlistismo es la gaita que se toca en vísperas de elecciones para engañar al pueblo republicano... Tenemos la firme convicción de que no ha de hacerse esperar el día en que los verdaderos partidos que dominan la política en Álava, han de verse frente a frente, sin andadores; la conjunción republicano-socialista y la conjunción católica... El liberalismo monárquico, apreciable *Libertad* [el órgano periodístico del datismo. N. del A.], no existe más que en su redacción y moscas que le rondan...»³⁸.

El tercer opositor al vitorianismo datista fue el nacionalismo vasco, todavía débil en Álava, pero que cobró fuerza en el último trienio restauracionista –al revés de lo ocurrido en Vizcaya y Guipúzcoa– al beneficiarse de la crisis del sistema y del descrédito de la política clientelar, así como del suicidio político de los republicanos al vincularse a aquella operación³⁹. Los nacionalistas vitorianos comenzaron absteniéndose de intervenir, optando por la fórmula de «ni apoyo ni obstáculo», pero para 1916 ya participaban de los movimientos contra el datismo: primero subordinándose a los carlistas, para al final encabezar ellos mismos y hasta en solitario el pulso cada vez menos temerario contra el «protector» madrileño⁴⁰. En 1918, la Comunión Nacionalista Vasca explicó su posición, ya totalmente beligerante contra el ‘vitorianismo’ datista. Según expuso, lo que la había hecho cambiar fue la actitud de éste contra el movimiento de las Diputaciones vascas en el verano de 1917, en demanda indistinta de reintegración foral y de formulación autonómica, según se tratara de jaimistas o de nacionalistas. Efectivamente, aquel movimiento impactaba en la línea de flotación datista: si su operación se apoyaba en el favor que podía provenir del «protector» madrileño, en la mejor tradición clientelar restauracionista, la demanda autonomista vasca introducía una filosofía y unos conceptos inconciliables con esa visión de la política. En consecuencia, las autoridades datistas, tanto del Ayuntamiento como de la Diputación alavesa, recibieron con hostilidad la reu-

³⁸ *El Eco de Álava* (30-V-1914).

³⁹ En los años treinta, César Castresana, un republicano de larga trayectoria, recordaba aquella época diciendo: «... Y di la cara y mi nombre para aquellas seguras pero honrosas derrotas frente a Dato, que vino a Álava y diezmó nuestras filas republicanas...» *La Libertad* (17-XI-1933). Explicando el desarrollo del nacionalismo vasco en Vitoria, un contemporáneo escribía: «... el nacionalismo dividido, se ha afirmado en sus posiciones, conquistando otras nuevas; en Álava, por ejemplo, apareciendo ya -juntamente con las organizaciones obreras extremas- como la única fuerza positiva difundida por todo nuestro país. Pero no se olvide que en buena parte es debido al desmoronarse de los viejos partidos incubados en Madrid que, sin ideario consistente, se hunden al compás que las masas, que van ennobleciéndose, les retiran su apoyo, comprendiendo que ellos tienen muy poco que ver con los grupitos clandestinos de rabadanes que la víspera de una elección se convocan a sí mismos al divertido juego del reparto de cargos públicos» *El Obrero Vasco* (14-VII-1922).

⁴⁰ PABLO, S. de: *El nacionalismo vasco en Álava (1907-1936)*, Bilbao, Ekin, 1988, pp. 33-41. Los nacionalistas llegaron también a contender contra Urquijo en su feudo ayalés, con interesantes resultados.

nión de gobiernos provinciales convocados precisamente en Vitoria. Ahí advirtieron los nacionalistas que el datismo no iba con ellos, y ahí procedieron a definirlo como movimiento sin ideales, «sin raigambre en el terreno de las ideas», «behetería infeudada a la política madrileña». Su rechazo del ‘vitorianismo’ se hacía con el riesgo de pasar por antivitorianos, como trató de descalificarlos el conglomerado datista, para lo que necesitaban disociar la idea de Vitoria de la de ‘vitorianismo’, justificar que esta opción no era ni representativa ni lo mejor para toda la ciudad y presentar aquel discurso como una apuesta de parte, no como una adhesión colectiva, como una ideología hegemónica en ese momento que sin embargo no hacía sino impedir el desarrollo de sus opciones políticas. Una actitud osada, similar en cierto modo a la impugnación del vasquismo por parte del primer socialismo vasco, presentado aquél como ideología colectiva que en realidad no era sino el argumento para la subordinación social de los trabajadores y para la exclusión política de ese partido⁴¹. En ese sentido, además de tener que responder a las acusaciones de antivitorianismo, los nacionalistas debieron contestar la descalificación que de sus tesis hiciera el mismísimo Unamuno en Vitoria, identificado más como «bizkaitarrismo» —«es decir, algo importado, algo exótico»— que como «arabarrismo». Una tesitura complicada ésta pues suponía la confrontación entre dos discursos territoriales, local y regional, revestidos de similar lógica. Por eso su alternativa consistió en asegurar que, frente a una propuesta localista con sus ojos puestos en las dádivas de la política madrileña, una Mancomunidad Vasca vendría a reequilibrar la postergación en que se encontraba Álava en esos momentos, al prodigarse la rica Vizcaya, prometían, en toda su generosidad. El discurso territorial vitorianista era respondido con otro especular vasquista. Aun más, se confrontaba el ‘vitorianismo’, tildado de «heredero directo del canovismo, con las genuinas aspiraciones del País»⁴². Más allá de lo que hubiera de ideológico y de partidario, la descalificación nacionalista del ‘vitorianismo’ acertaba en una triple dirección: era una operación de los dinásticos locales, que se revestían del disfraz territorial localista para su empeño; el discurso territorial ‘vitorianista’ entraba desde ya en colisión con otro similar de carácter nacionalista, más adaptado éste a las condiciones de movilización social de una ciudad en los años de la Primera Gran Guerra; las demandas hechas y los logros proporcionados por el ‘vitorianismo’ eran reflejo de una ciudad y de su elite paca-tas y sin expectativas, limitados aquéllos a reactivar un discutible trazado ferroviario con Guipúzcoa —el Anglo-Vasco-Navarro hasta Vergara-, a propiciar el regreso a Vitoria de la parte de su guarnición militar destinada a las plazas africa-

⁴¹ Es la tesis que sostengo en *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

⁴² El documento tiene fecha de 25 de febrero de 1918 y está reproducido íntegramente en PABLO, S. de: *El nacionalismo vasco... op. cit.* pp. 173-180.

nas, a la construcción de un edificio de Correos y a unas escasas dádivas a favor de instituciones locales benéficas y de instrucción. Un muy escaso bagaje, la fotografía de una ciudad y una elite sin pulso, a cambio de un acta casi indiscutible en cinco mandatos consecutivos⁴³.

Esta última circunstancia nos devuelve a la imagen construida, a la Vitoria que pretendía para sí la cultura local 'vitorianista'. El cambio es notorio. Si en el tercer cuarto del XIX la impresión era optimista y Vitoria tenía los mejores títulos de ciudad de su entorno, en el primero del XX, la decadencia, la distancia respecto del progreso bilbaíno y la sensación de fracaso después de su experiencia industrializadora reciente habían invertido la situación. Sin embargo, su elite y su ciudadanía se acomodaron a la nueva realidad e hicieron de la necesidad virtud. La levítica ciudad de Vitoria lo era como ninguna de las de su género. Un fraile de Aranzazu la describía en 1914 como el sumun de su ideal de urbe:

«Vitoria es una ciudad histórica, pulcra, hermosa, pacífica; no la turban las grandes pasiones de industria y comercio, ni el ruido de negocios o trajín inquieta su reposo; tiene aspecto venerable y místico del interior de un templo. (...) La prensa local informa consiguientemente de cosas de importancia particular o individual sin originar grandes pasiones político-sociales, fuera del período de elecciones. La principal prosperidad y engrandecimiento de la ciudad depende desde su punto de vista religioso-militar»⁴⁴.

Ésa era la realidad. Por eso las demandas a Dato eran las que eran y no contemplaban ni impulso a la producción ni infraestructuras más sólidas que un tren de comarca, y sí, por el contrario, retener una identidad «religioso-militar» que constituía el horizonte económico más seguro. Eso y reforzar los mecanismos de cohesión interna, para lo que era fundamental preservar las instituciones locales de beneficencia e instrucción. Vitoria se especializó en una tupida trama benéfico-asistencial-instructiva sin parangón, con resultado de una paz social que solo se turbó en los agitados años posteriores a la Primera Gran Guerra y luego durante los treinta, sobre todo por influjo del ambiente exterior y por la acción de grupos, como la CNT, que siendo importantes en número y presencia no dejaban de suponer cierta discordancia en un entorno tan estático como el vitoriano. En ausencia de transformación económica que fracturara la sociedad, Vitoria se vio a sí misma para el futuro como «una gran familia de iguales...» perfectamente jerarquizados, y ahí el 'vitorianismo' era la argamasa que fundía las preocupacio-

⁴³ El listado exhaustivo en UN ALDEANO: *Dato y Vitoria... op. cit.* pp. 43-80, resumido en RIVERA, A.: *La ciudad levítica... op. cit.* pp. 237-238. Los carlistas aseguraron, con parte de razón, que el montante no superaba lo que hubiera sido la acción ordinaria de cualquier gobierno en cualquier provincia.

⁴⁴ *Heraldo Alavés* (16-VI-1914). El fraile se llamaba José A. Lizarralde. Un turista madrileño escribía en 1930 en *La Libertad*: «La capital de Álava es una ciudad simpática, tranquila, extremadamente religiosa. (...) Es un sedante para los nervios y para la paz del espíritu recorrer estas calles tranquilas (...) el misticismo que emana de la silente ciudad alavesa conmueve mi alma».

nes, desactivaba las tensiones, legitimaba a sus dirigentes con el argumento del bien común y deslegitimaba a los disolventes sociales como ajenos o exóticos al lugar. A diferencia de la clasista e industrial Bilbao, el 'vitorianismo' no era anti-maqueto y excluyente sino integrador e inclusivo, y también moral, pues distinguía la virtud de la caridad ejercida con el pobre auténtico de los perjuicios que producía mantener al falso, al vago o al peligroso social. Todo un programa político, sostenido con general unanimidad⁴⁵.

Epílogo: continuidad del 'vitorianismo' en una sociedad cambiante.

La cultura y la identidad local construidas por el 'vitorianismo' sirvieron para acoplar el carácter de la ciudadanía y de la ciudad a partir del momento en que ambas se conformaron con la mediocre ciudad de provincias, «ciudad del interior», en que se convirtió Vitoria al comenzar el siglo XX. Algunos de aquellos antiguos rasgos del 'vitorianismo' originario, el de «la Atenas del Norte», cambiaron. Menguó por innecesario el vasquismo foralista, por descontextualizada la nostalgia por el tiempo arrebatado y por cambiante la identidad liberal sin ninguna estridencia. Ahora, *ser vitoriano* era hacer profesión de fe católica, de espíritu calmo, de distancia indolente ante los males sociales que había traído la industria en localidades cercanas (proletarización, huelgas, diferencia de clases, masificación, disolución de normas, trajín...), de orgullo por la paz y tranquilidad reinantes en la ciudad, de ambiciones contenidas, de frialdad de carácter⁴⁶. Seguía igual la caracterización urbana y, lógicamente, todo lo referido a la idea de «gran familia», de intereses comunes defendidos por las autoridades más allá de

⁴⁵ Casi como excepción a la norma, ha cobrado fama la descalificación que a su ciudad natal se atribuye al pintor Gustavo de Maeztu cuando en un artículo titulado «Una ciudad poco complicada» escribió: «Yo, francamente, por Vitoria no siento gran admiración. Bien es verdad que apenas conozco aquella ciudad rociada de rancho y agua bendita, y por esto haya formado de ella un juicio equivocado». Y seguía con una fotografía del cambio operado: «Preguntáis por la vieja alegría vitoriana, por aquella alegría *babazorra* que en los mejores tiempos luchaba en las filas progresistas para asentar en las leyes el aire libre de su espíritu, preguntad por ella en los comercios desiertos, en los paseos solitarios, en los teatros cerrados y no la hallaréis personificada sino en la cara de algún clérigo, orondo y satisfecho, que pasea envanecido al sol sus opulentas redondeces» AGUIRRE, E. M. de: *Gustavo de Maeztu*, Bilbao-Madrid, Biblioteca Color, 1922, s.p..

⁴⁶ «Y concluido el período de la feria, vuelta la ciudad levítica y marcial (...) a la tranquilidad apacible y acogedora de su pasar cotidiano, he sentido el rudo contraste entre el tráfico de este Bilbao de mis vehemencias infantiles, con la serenidad de esas calles limpias y cuidadas, de esas gentes sencillas que discurren sin agobio, sin ruido, sin la precipitación y el tumulto cansino de nuestro puente del Arenal. (...) Vitoria, la del casco nuevo coquetón y alegre, como novia de quince abriles sonrientes, es culta y laboriosa, recogida, amable, graciosa y bella... Si algún día, agobiado por la ruda prueba de un vivir agitado, (...) tuviera que dejar a mi Bilbao progresivo y pujante, fuerte y noble, iría a mitigar mi cansancio, a tonificar mi corazón, a serenar mi espíritu con las auras, el sol y el cielo turquí de la tierra que baña el Zadorra, de la capital menor de las vascongadas, joya irisada y de incomparable hermosura de este pueblo milenario...», PUENTE, D. de la: «Vitoria, joya del País Vasco», *Celedón*, 9 (1926), recogido por FUENTE, J. de la: «La visión de...», *op. cit.*

las disputas partidarias. Pero en este punto, incluso la levítica Vitoria se había visto alcanzada por las mutaciones casi universales que provocó la Primera Gran Guerra. Ese 'vitorianismo' antipolítico, por encima o al margen de los partidos, ya no tenía posibilidades. Por eso fue quedando más como algo socio-cultural que socio-político. La cultura local siguió operando como referente de legitimación de la política —el bien común, el respeto a ciertas continuidades, el prestigio de algunas personas—, pero ya no era tan común en cuanto trascendía de eso, de los lugares comunes. Incluso la elite local vitoriana ya no era ni única, como en el XIX, ni reducida a los dos grandes mundos tradicionalista y liberal. Durante los años de la dictadura de Primo de Rivera se fueron manifestando profundos cambios en los comportamientos sociales que eclosionaron con posibilidades durante la Segunda República, constatando que Vitoria también evolucionaba y se hacía más compleja, menos uniforme, aunque aparentemente pareciera hacerlo a pesar suyo, más por contacto que por convicción. Los años treinta vieron también en Vitoria la pluralidad y competencia de opciones, la articulación de intereses en todo tipo de entidades y dinámicas, la modificación del mapa electoral tradicional —un factor muy importante—, la subordinación de los influyentes personajes a la emergente política de masas y la quiebra del patronazgo y la desaparición del clientelismo político⁴⁷. El presidente de los Jurados Mixtos daba cuenta del cambio de ambiente:

«En el mismo Vitoria, la ciudad tranquila por excelencia, la que parecía había sido levantada para que la disfrutasen solamente curas, soldados, palomas y perros, esa ciudad (...) ha cambiado, ha dejado de ser lo que era... ¿También en mi pueblo se deja sentir la intranquilidad del problema social?»⁴⁸.

En ese escenario de mutaciones, el 'vitorianismo' como cultura local adaptada y ensalzadora de lo estático se puso a prueba. Siguió operando por debajo, como una subcultura sorprendida y superada por la lucha de facciones políticas del tiempo republicano. Pero, en ese sentido, era tan obsoleta como la triste existencia de los personajes que la habían construido, ahora condenados a la nada en un teatro social de fuerzas anónimas. Se invocaba el 'vitorianismo' sobre todo en dos direcciones: una, por parte de los tradicionalistas, para oponer la católica Vitoria a las medidas laicistas del gobierno republicano; otra, desde los propios gobernantes republicanos, para contener las pasiones de clase de sus trabajadores e instarles otra vez a *pensar en vitoriano* y dejar las huelgas. Obviamente, aquellas actitudes no eran propias de vitorianos y las instaban agitadores profesionales. El mal seguía viniendo del exterior. Pero en el terreno político y también en el social, el 'vitorianismo' pasó a muy segundo plano ante la efervescencia de los «valores republica-

⁴⁷ Conclusión a la que se llega en *La ciudad levítica...* *op. cit.* p. 428.

⁴⁸ Jesús M^a Viana, en el Extraordinario de fiestas de *La Libertad* de 1932, recogido por FUENTE, J. de la: «La visión de...», *op. cit.*

nos», ya fuera para apoyarlos o para oponerlos. La cultura local, territorial, no resistió el empuje de otras miradas y preocupaciones, e incluso hubo de contender con otros territorialismos, ya fuera el «nacional-republicano», cargado de valores (un españolismo laico y progresista), ya fuera el vasquista, ahora en boga durante la centralidad (relativa en Álava) que cobró la discusión sobre el Estatuto Vasco. En este último punto, la cultura local vitorianista y el ‘vitorianismo’ político dieron paso por vez primera a un ‘alavesismo’ político, utilizado por el líder de la derecha tradicionalista, José Luis Oriol, para enfrentarlo al nacionalismo vasco cuando en 1933 el mapa autonómico y político del país se desequilibraba tras la salida del mismo de la carlista Navarra. Y no fueron solo las derechas alavesas las que propusieron un «Estatuto Alavés» alternativo al Vasco, sino que también otras fuerzas, incluso republicanas y de izquierdas, e incluso antes que los tradicionalistas, animaron la maniobra. El ‘alavesismo’ se conformaba ahora clara y definitivamente como antinacionalismo vasco, cuando Álava estaba en condiciones de conformarse como unidad política al cambiar el mapa electoral de distritos de antaño. La capacidad demostrada por la Comunidad de Ayuntamientos Alaveses, el grupo de presión creado en 1933 por Oriol, es el mejor ejemplo de ello⁴⁹.

La República fue un tiempo muy político: una coyuntura casi imposible para la concepción tradicional y comunitaria que alimentaba el localismo. No solo hubo confrontación de propuestas sino también tensión y enfrentamiento político y social, incluso de carácter físico y violento. Pero, a pesar de todo, y a pesar de seguirla una guerra civil, mucho quedaba de aquella concepción de *gran familia*, argumento que se puso a prueba durante la propia contienda⁵⁰. No todo se rompió, y la comunión interior vitoriana pudo recomponerse, según Ugarte, años después, a la altura de 1951, cuando el padecimiento acercó a todos y la religión se instituyó de nuevo en la política común, como trató de visualizarse en la Santa Misión de noviembre de ese año⁵¹. Al mismo tiempo, la intensa liturgia

⁴⁹ PABLO, S. de: *Los problemas de la autonomía vasca en el siglo XX: la actitud alaveses, 1917-1979*, Oñate, IVAP, 1991, pp. 91 y ss. Sobre la Comunidad de Ayuntamientos Alaveses, ver del mismo autor *La Segunda República en Álava. Elecciones, partidos y vida política*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1989, pp. 98-99.

⁵⁰ Una interesante comparación entre dos ciudades y culturas locales muy parejas, Vitoria y Pamplona, en UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 206-227. El autor destaca dos importantes diferencias: Vitoria era una ciudad más compleja y con más diferencias internas (empezando por la diversificación ideológica de sus elites y de su ciudadanía: vg. en febrero de 1936 contendieron republicanos (34%), carlistas (23%), nacionalistas vascos (16%) y CEDA (25%); mientras, en Pamplona los carlistas sobrepasaron el 63%, y no acogió, sino que rechazó con frialdad, la «invasión» de la urbe por la aldea de esos días, a diferencia de la comunión a que llegaron la capital navarra y su provincia, pp. 223-226.

⁵¹ UGARTE, J.: «Años de silencio, tiempo de cambio (1936-1976)», en A. Rivera (dir.): *Álava, nuestra historia... op. cit.* pp. 334-335.

nacionalizadora del Nuevo Estado franquista tampoco fue el mejor escenario para la continuidad de la cultura local: todo debía subordinarse a la *nueva España* y el ‘vitorianismo’ cultural solo tenía sentido como parte del todo que era la cultura nacional. Además, por aquellos años cuarenta fueron falleciendo los hombres más representativos del último y decadente ‘vitorianismo’ (Madinaveitia, Eguileta y Guillermo Sancho, el creador de la revista *Celedón*)⁵². Fue a partir de los cincuenta cuando volvió a resurgir el ‘vitorianismo’, asentado ya el régimen, y cuando apareció una nueva generación de ‘vitorianistas’ (Venancio del Val, los Apraiz, el popular compositor de origen anarquista, Alfredo Donnay, el cronista oficial, académico y clérigo tradicionalista, José Martínez de Marigorta, y sobre todo Felipe García de Albéniz, director de *Pensamiento Alavés* de 1952 a 1968, y luego de *Norte Express*), con recuperación de temas locales, vuelta al pasado, regusto por la Vitoria medieval e incluso reconstrucción arquitectónica de sus murallas y casas-torres. Pero fue ante la gran transformación industrial operada en la ciudad a partir de finales de los cincuenta cuando esta cultura local se puso a prueba. Lo hizo a muy diversos niveles. García de Albéniz, por ejemplo, carlista y foralista –‘alavesista’ sobre todo lo demás-, imprimió a su periódico un tono beligerante, ‘vitorianista’, antibilbainista –aparecía este rasgo para el futuro-, defensor del Ayuntamiento desarrollista frente a la Diputación más estática e instrumentalizador de la relación dentro-fuera al objeto de conseguir beneficios para la ciudad. Hubo otro ‘vitorianismo’ dedicado a preservar los secretos íntimos de la ciudad que, ahora sí, se iba al verse trastocada ésta por el trinomio industrialización-inmigración-urbanización, y que lo utilizó para reiterarse en la eterna melancolía y, sobre todo, como mecanismo de segregación blanda, marcando la diferencia entre la mayoría de recién llegados y los ‘vtv’ («vitorianos de toda la vida»)⁵³. Finalmente encontramos otra expresión ‘vitorianista’ a cargo de lo que Ugarte ha denominado «la Vitoria moral», ésa que recogió el testigo histórico de la ciudad ordenada, cohesionada socialmente y generosa con sus pobres auténticos –ahora los trabajadores inmigrantes-, y que desde dentro o desde los alrededores del régimen puso las bases de la nueva urbe en transformación. Un ‘vitorianismo’ éste novedoso, de nuevo vasquista, cristiano conciliar, progresivo y moderno, que servía también para expresar la reconciliación de la sociedad vitoriana tras la guerra y la recuperación de su tradicional «solidaridad societaria». Un ‘vitorianismo’ y una «Vitoria moral» en los que hicieron sus primeras armas algu-

⁵² FUENTE, J. de la: *Vitorianismo*. S/p, p. 1. «Malos tiempos para el ‘vitorianismo’; los peores que haya conocido». Seguimos la reflexión de este autor para estas líneas sobre el franquismo.

⁵³ RIVERA, A.: *La conciencia histórica...* op. cit. pp. 65-75. Las dudas del tiempo acerca de la bondad de los profundos cambios se analizan en FUENTE, J. de la: «Mis chopos de Vitoria», *Celedón*, 86 (2005), pp. 40-42. Sobre la transformación de Vitoria, un análisis reciente en GONZÁLEZ DE LANGARICA, A.: *La ciudad revolucionada. Industrialización, inmigración, urbanización (Vitoria, 1946-1965)*, Vitoria, Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz, 2007.

nos de los dirigentes políticos de la transición (Cuerda, Emilio Guevara, Ormazábal, Ollora...)⁵⁴. Años más tarde, durante la década de los noventa del siglo XX, el 'vitorianismo' cobró de nuevo una dimensión política, de la mano de un partido, Unidad Alavesa, que con gran éxito ligó la intrahistoria local (localismo, antibilbainismo, nostalgia foralista, españolismo reactivo, distancia respecto de estereotipos vasquistas donde Álava desaparecía) con el hartazgo y el rechazo que provocaron los años de hegemonía absoluta del nacionalismo vasco durante los ochenta, durante la construcción del autogobierno. Curiosamente, la base electoral de ese 'vitorianismo' se localizó en dos espacios urbanos y dos clases sociales contradictorias: las clases medias del Ensanche, 'vtv's' y apellidos del lugar ahora desplazados en su promoción socioprofesional por los llegados de las provincias del norte y pertrechados de otros poderes y lógicas; y los trabajadores inmigrantes de los sesenta y setenta, cómodos en los barrios obreros de su castellana Vitoria y ahora inquietos por el trastoque cultural que suponía la ingeniería social nacionalista. Pero, con ser muy interesante, ésta es ya otra historia⁵⁵.

⁵⁴ UGARTE, J.: «Años de silencio...», *op. cit.* pp. 338 y 346-349; también el capítulo «La preocupación de 'la Vitoria moral' ante la nueva realidad», del libro citado de GONZÁLEZ DE LANGARICA.

⁵⁵ Dos artículos de prensa en *El Correo* de Bilbao sobre Unidad Alavesa coincidiendo con su aparición y con su desaparición, en RIVERA, A.: «El Sur también existe» (31-IX-1990) y «Epitafio alavesista» (1-VII-2005).